

príncipes y de sus cabezas. Perdonadme el abuso que hasta ahora he hecho de vuestros beneficios y de tantos medios de salud como habeis usado conmigo. No permitais, ó Dios mio, que se endurezca este mi corazon, á quien os dignais aun de hacer oír vuestra voz. Amen.

MEDITACION CCXLIV.

JESÚS VUELVE AL TEMPLO EL MARTES.

(Marc.^o xi, 20-26; Matth. xxi, 20-22).

LA HIGUERA SECADA.

Apliquémonos aquí: 1.^o á observar la sorpresa de los Apóstoles; 2.^o á meditar la respuesta de Jesucristo.

PUNTO I.

Sorpresa de los Apóstoles á vista de la higuera que se habia secado.

Retiróse el Salvador á Betania el lunes por la tarde, como hemos dicho, y los Evangelistas no nos han dado mas noticia de las instrucciones que hizo en aquel dia; pero nos han dejado la de las del dia siguiente, que formarán el sujeto de las meditaciones que se siguen... Fue, pues, la mañana del martes, cuando viniendo Jesús como solia al templo, vieron los discípulos que la higuera se habia secado, «y al pasar por la mañana vieron la higuera que se habia secado hasta las raíces... Y viéndola los discípulos, quedaron admirados y decian: ¿Cómo se ha secado en un instante?... Y se acordó Pedro, y le dijo: Maestro, mira como la higuera que mal-dijiste se ha secado...» Apliquemos esto á tres objetos importantes y mucho mas dignos de nuestra admiracion que este, que es solamente su figura.

1.^o *Al pecado...* ¡Oh funesto pecado, á qué estado de esterilidad reduces un alma! ¡Oh qué mudanza ha hecho en un instante aquel jóven, aquella persona tan piadosa, tan modesta, criada y educada con tanto cuidado! ¡Oh cómo ha venido en tan poco tiempo á quedar seco y árido aquel corazon tan sensible á la devocion, tan penetrado del rocío de la gracia! ¡Oh cómo yo mismo, lleno una vez de los mas bellos sentimientos de virtud, tan inclinado á las cosas de Dios, tan encendido de su amor, tan agradecido á sus beneficios y lleno de confianza en sus promesas, he venido á quedar tan duro é insensible! ¡Ah! son mis pecados, es mi negligencia, mi disipacion, mi tibieza la que me ha reducido á este estado tan funesto.

No añadais, ó Señor, vuestra maldicion que tanto he merecido, antes bien concedédme el socorro de vuestra gracia que os pido, y con que estoy resuelto á cooperar mejor que en lo pasado.

2.^o *Á la muerte...* La muerte nos presenta todos los dias espectáculos semejantes al de esta higuera, y entonces ocupa nuestros sentidos la admiracion, y arranca algunos suspiros de nuestro corazon y algunos lamentos de nuestra boca; pero ¡ay de mí! es cosa muy rara el que nos haga hacer otras reflexiones... ¡En qué poco tiempo, en qué pocos dias! ¡Cómo, pues, en un instante se ha secado aquel árbol robusto, aquel árbol fuerte y vigoroso que era la admiracion de todo el mundo! ¡Á qué estado se ha reducido! Hé aquí lo que el mundo dice de aquella jóven, de aquel jóven, de aquel rico, de aquel grande, de aquel hombre que gozaba pocos dias há de una perfecta sanidad. Pero no se dice: ¿ha muerto él cargado de frutos y de méritos, ó estéril, ó solamente cargado de hojas delante de Dios? ¿Es su muerte un golpe de gracia y de predestinacion, ó un golpe funesto de la maldicion de Dios y de su reprobacion? Y no se dice: lo que ha sucedido á aquel, debe tambien sucederme á mí; debe acaecerme presto, y acaso sin algun presentimiento de una muerte que en un instante me sacará del mundo. ¿En qué estado me encontrará ella? ¿En qué estado estoy presentemente?

3.^o *Á la reprobacion...* El pecado y la muerte son efectos de la primera maldicion de Dios; pero la gracia del Salvador ha reparado al uno y á la otra. Con la gracia podemos preservarnos y salir del pecado, con la gracia podemos hacer una muerte santa y feliz; pero la reprobacion es el efecto irreparable de la última é irrevocable maldicion de Dios... ¡Oh árbol desventurado, árbol para siempre maldito de Dios, hé aquí que en un momento te has secado hasta la raíz! Ó tú que fuiste tan admirado sobre la tierra, ¿á qué estado te ves reducido? Á menos aun que la nada. Podias haber sido para el cielo un árbol delicioso, cargado de flores y de frutos, y hé aquí un árbol seco destinado al fuego y condenado á arder en él eternamente. ¡Oh cuántos árboles engañosos que parecian fértiles sobre la tierra comparecerán en el último juicio estériles y secos! ¡Cuántos réprobos serán en aquel gran dia motivo de espanto á los ojos del universo! ¡Ay de mí! ¿no seré yo acaso de este número?

PUNTO II.

Respuesta de Jesús á sus Apóstoles.

El Salvador no manifestó entonces á los Apóstoles lo que comprendieron ellos con el tiempo; esto es, que esta higuera era la figura de la Sinagoga, que debia dentro de poco ser maldecida y secarse. No eran aun capaces de entender esta grande verdad; pero de su sorpresa y admiracion tomó ocasion para llamarles á la memoria las instrucciones importantes que frecuentemente les habia dado, y que nosotros no debemos cansarnos jamás de meditar.

1.º *Sobre la fuerza de la fe...* «Y respondiéndolo (Jesús), les dijo: «En verdad os digo, que si luviérais fe y no vacilárais, haréis no solo (lo que sucedió) de esta higuera; mas si dijérais á este monte, quitate y échate en el mar... le será hecho...» Dejando aparte el don de los milagros que Dios ha concedido á los Apóstoles y á los hombres apostólicos cuando ha sido necesario, estemos bien persuadidos que con la fe podemos todas las cosas, y que si somos tan débiles, y nos abatimos y desconcertamos tan fácilmente, proviene de falta de fe y de confianza en Dios.

2.º *Sobre la eficacia de la oracion...* «Y todas las cosas que pidieréis en la oracion, creyendo, las obtendréis...» Cuando pidamos gozar de un bien ó ser librados de un mal temporal debemos hacerlo con resignacion, no sabiendo en este género lo que nos es útil ó dañoso; debemos solamente estar persuadidos que lo que Dios concederá ó negará á nuestra oracion será siempre de mayor provecho para nosotros; pero tengamos por cierto que cuanto pedirémos para nuestra santificacion, para no ceder á los esfuerzos de nuestras pasiones, para adquirir las virtudes de nuestro estado, para amar á Dios y unirnos á él, cuanto pedirémos en este género y con una fe firme, nos será realmente concedido. ¿Por qué, pues, no son oidas nuestras oraciones? Porque nos falta esta fe, porque esta falta de fe es causa de que oremos sin fervor, sin perseverancia, y tal vez aun sin querer ser oidos, y porque cuando empezamos á ser oidos no nos aprovechamos de la gracia que se nos concede para hacer de nuestra parte lo que podemos.

3.º *Sobre la necesidad de perdonar...* «Y cuando os presentáreis para orar, si tenéis alguna cosa contra alguno, perdonadle, para que vuestro Padre que está en los cielos os perdone tambien á vosotros vuestros pecados. Porque si vosotros no perdonáreis, tam-

«poco vuestro Padre que está en los cielos os perdonará vuestros pecados...» Nosotros por ventura no hacemos tanto caso de esta disposicion del corazon, absolutamente esencial para orar bien: ¿qué sirve dar mucho tiempo á la oracion, si llevamos á ella un corazon llagado que no perdona del todo á su prójimo? Si no basta para inducirnos á esto la voluntad de Dios, muévanos á lo menos nuestro interés. La promesa que Dios nos hace de perdonarnos, si perdonamos, es la amenaza, ó por mejor decir, la certeza positiva que nos da de no perdonarnos si no perdonamos. ¿Podrémos acaso quedarnos indiferentes?

Peticion y coloquio.

Desterrad, pues, de mi corazon, ó Dios mio, aquella desconfianza que produce la frialdad, la náusea y la desgana que experimento en mis oraciones: dadme aquella fe, aquel amor, aquel corazon de hijo que, no dudando de vuestro poder ni de vuestra misericordia, es siempre oido; traiga sobre mí mi confianza vuestras gracias, é inspírenme tambien vuestras gracias mayor confianza. Haced que se seque en mi corazon aquel mal árbol de la codicia, que no lleva buen fruto, y que siempre produce el fruto malo; allanad la montaña de mi orgullo, y concededme las virtudes que necesito, la victoria de mis tentaciones, el aumento y la perseverancia en vuestro servicio... Amen.

MEDITACION CCXLV.

JESÚS ES PREGUNTADO EN VIRTUD DE QUÉ AUTORIDAD OBRE.

(Marc. xi, 27, 33; Matth. xxi, 23-27; Luc. xx, 4-8).

Meditemos: 1.º la pregunta hecha á Jesucristo por sus enemigos; 2.º la pregunta hecha por Jesús á sus enemigos; 3.º la respuesta de los enemigos de Jesucristo.

PUNTO I.

Pregunta hecha á Jesucristo por sus enemigos.

1.º *Pregunta artificialmente concertada...* Habiendo Jesucristo comparecido en el templo el domingo y el lunes, y habiendo ejercitado allí una autoridad absoluta, echando los profanadores é instruyendo el pueblo, sin que sus enemigos se hubiesen atrevido á intentar cosa alguna contra su persona, ó á oponerse á sus discursos, ó á perturbarlo en las funciones de su ministerio, el despecho y

la rabia los reunió; y la resolución de preguntarle solemnemente, si volvía al templo el martes, con qué autoridad obraba, fue probablemente tomada la noche del lunes al martes. En tales coyunturas no se podía hacer cosa mejor. Desecharon el partido de tentarlo por medio de emisarios, como muchas veces habían hecho inútilmente, y no se convinieron tampoco en hacerle esta pregunta por diputación, como habían hecho con san Juan Bautista, por temor que el pueblo la hiciese inútil. Se resolvió, pues, hacérsela en cuerpo. Se pensaba con esto obligarle á responder; y entonces de concierto habrían reclamado sobre sus respuestas, y habrían levantado el pueblo; y como todos los oficiales y todas las milicias del templo dependían del gran sacerdote, esperaban que en el tumulto y en la confusión habría sido fácil prender á Jesús, y que su prisión habría parecido justa y necesaria á los ojos del pueblo.

2.º *Pregunta injustamente imaginada...* Preguntar á Jesucristo con qué autoridad instruía, y quién le había dado la autoridad de hacer lo que hacía; al que ahora poco había resucitado un muerto de cuatro días, que había sanado delante de sus ojos los ciegos y los cojos, al que había llenado á Jerusalem, la Judea y la Galilea de infinitos milagros, preguntarle de quién tenía la autoridad, no parece que tenía ni aun sombra de buena fe. Dios había prometido á su pueblo enviarle profetas, y por fin el Mesías. Los Profetas enviados de Dios no reconocían su misión de la Sinagoga. Cuando se presentaban como profetas, y sostenían su carácter con la santidad de su vida, y enseñaban siempre conforme á la ley de Dios, esto bastaba: la Sinagoga nada tenía que reprender en ellos, y todos debían dar fe á sus profecías. Así se habían mostrado los antiguos Profetas, así se había dejado ver san Juan Bautista, sin que la Sinagoga hubiese reclamado. Jesús comparece, anunciado y mostrado por Juan Bautista, como el Mesías y el Salvador de Israel; él mismo se declara por tal, y sostiene su carácter. Los beneficios continuos que derrama sobre todos los miserables, y de un orden sobrenatural, anuncian que él es Hijo de Dios, el Redentor de Israel, el amable, el poderoso Salvador que Dios ha prometido á su pueblo; y cuando este divino Salvador echa del templo los profanadores que en él permite la Sinagoga, cuando allí enseña al pueblo y obra milagros, ¿con qué derecho viene la Sinagoga á preguntarle de quién tiene él su autoridad?

3.º *Pregunta fastuosamente propuesta...* «Y volvieron de nuevo á Jerusalem. Y mientras él andaba por el templo... enseñando al

«pueblo en el templo y evangelizando, se juntaron los príncipes de «los sacerdotes y los escribas con los ancianos, y le dijeron: Dí- «nos con qué autoridad haces tú estas cosas, ó quién es el que te «ha dado á tí tal autoridad...» Desde la mañana estaba Jesús en el templo, donde despues de haber paseado algun tiempo en el atrio esperando que se completase su auditorio había empezado su instrucción. Estaba cercado de una multitud del pueblo que lo escuchaba con admiración, cuando los dos pontífices con los sacerdotes, los escribas ó doctores de la ley y los ancianos del pueblo, ó sea senadores y magistrados, en una palabra, cuási toda la Sinagoga y el Senado en cuerpo, entraron, y enderezándose á este divino Salvador, le hicieron solemnemente la pregunta ya concertada... Fue verosímilmente el pontífice que estaba en ejercicio (*Caifás*) el que llevó la palabra, y preguntó á Jesús en estos términos, que dan á entender bien la vivacidad de su carácter... «Explicanos con qué «autoridad haces tú estas cosas, ó quién sea el que te ha dado á tí «esta autoridad...» Ciega cábala, ¿con qué cara te atreves tú á hacer una semejante pregunta? ¿Crees tú embarazar, turbar, atemorizar ó sorprender al que delante de tus ojos manda á la naturaleza, y esta le obedece? ¡Ah! haz antes bien justicia al que persigues; reconoce su dulzura, su paciencia, la santidad de su vida, el esplendor de sus milagros, el cumplimiento de los oráculos proféticos que lo han anunciado, y la sabiduría divina que se explica por su boca, y que si tú no quieres dejarte persuadir, sabrá por lo menos confundirte.

PUNTO II.

Pregunta de Jesucristo á sus adversarios.

1.º *Pregunta llena de dignidad...* «Y Jesús les respondió, y dijo: «Yo tambien os haré á vosotros una pregunta, y si me la dijéreis, «yo tambien os diré con qué autoridad hago estas cosas. El bautismo de Juan ¿de dónde era? ¿Del cielo, ó de los hombres?... «Respondedme...» No convenia que el Hijo de Dios, en la casa de su Padre, en el ejercicio actual de su misión, mostrase que dependía de las cabezas de la Sinagoga y del Senado; que se dejase ver atemorizado de su número y de su unión, ó que diese á entender con una palabra directa que estaba obligado á dar cuenta de su ministerio á aquellos mismos que estaban obligados á respetarlo y á sometersele, y cuyo delito era el no quererlo reconocer y oponérsele... ¡Qué grandeza, qué nobleza, qué majestad en esta respuesta del

Salvador; pero al mismo tiempo, qué dulzura, qué circunspeccion! No se ve en ella término alguno de despecho, de insulto ó de reprehension.

2.º *Pregunta llena de verdad...* La pregunta que hace Jesús á los pontífices contiene en sí la respuesta mas fuerte á la pregunta que le habian hecho, y la habrian ellos comprendido fácilmente, si hubieran estado animados de buena fe. Jesús les muestra la cadena que desde él sube sin interrupcion hasta la promesa de Dios, hecha al primer hombre de darle y enviarle á su posteridad un Salvador. Cadena adorable, cuya fe se dió á los hombres, al pueblo judío en particular y á la Sinagoga; pero que no se concedió su ministerio á la sucesion de una mision ordinaria. Ha sido este confiado á los Patriarcas, á quienes Dios ha renovado la promesa; á los Profetas que sucesivamente ha enviado, y á quienes ha encargado declarar sus promesas y anunciar el Cristo, señalar el tiempo de su venida y de su muerte, y mostrar los caractéres por los cuales seria reconocido; y este ministerio profético se ha ejercitado con una total independenciam de la Sinagoga, cuya funcion era solo el conservar los libros proféticos, con la obligacion de creer á los Profetas, á quienes, esto no obstante, frecuentemente ha perseguido y condenado á muerte. Jesús habia sido anunciado por san Juan: san Juan anunciado por Malaquías; y Malaquías, reconocido por profeta, pertenecia á la cadena de profetas que antes de él habian comparecido; y por ellos esta cadena subia hasta los Patriarcas y hasta Adán. ¡Qué cosa tan bella es contemplar esta admirable economía que no puede ser otra cosa que obra de Dios, y que muestra con evidencia una religion del todo divina, de la que Jesucristo es el centro, la perfeccion y la plenitud!... Añadamos para nuestra consolacion que de Jesucristo hasta nosotros parte otra cadena aun mas admirable, porque ella es, por decirlo así, mas unida y mas estrecha, que consiste en la sucesion legitima de los pastores, desde los Apóstoles hasta nosotros. Esta ya no admite mision extraordinaria, porque no es otra cosa que la mision misma de Jesucristo continuada en la Iglesia apostólica y católica, y que se perpetuará así hasta la consumacion de los siglos... ¡Ah! y qué bella es esta Religion! ella merece de nuestra parte un sumo amor, un sincero reconocimiento; y con todo eso, ¡oh y qué pocos hay que se apliquen á conocerla!

3.º *Pregunta llena de sabiduría...* Jesucristo con la pregunta que hace á sus adversarios evita el empeñarse con ellos, y los pone á ellos

mismos en empeño á la vista y en presencia del pueblo. Con no responder directamente y con preguntar él mismo conserva la dignidad de su ministerio, y con prometer responderles evita la sospecha de temor y de embarazo. La condicion que pone antes de responder es tan fácil, tan simple y de tal manera adaptada á la inteligencia de todo el mundo, que no se puede mirar como un pretexto especioso para no responder, y no puede dejar de tener la aprobacion del pueblo, y de ponerlo en atencion y á su favor; pero por su misma simplicidad, vista la disposicion y doblez de sus enemigos, los debe poner en consternacion y en embarazo... ¡Oh necedad, oh malicia de los hombres que te atreves á preguntar y á acometer á la sabiduría de Dios! piensa primero á responderle, en vez de querer tú disputar con él; ponte en estado de comparecer delante de él con una fe humilde y con un corazon puro... Creo en Vos, ó Señor, adoro vuestra santa ley; perdonadme mis defectos, mi temeridad y mis infinitos pecados. Perdon, Señor, perdon; he pecado, os he ofendido, pero perdonad mis ofensas. Hé aquí, ó divina sabiduría, todo lo que mi corazon tiene que responder delante de Vos.

PUNTO III.

Respuesta de los adversarios de Jesucristo.

1.º *Su embarazo...* El jóven pontífice¹ no se esperaba una tal pregunta. No obstante su natural fogoso y soberbio, se quedó sorprendido; conoció la dificultad, y se quedó mudo. Podia entonces convencerse por sí mismo, de la relacion que muchas veces habia oido, que *ninguno jamás habia hablado como este hombre...* Los mas sábios de la cábala se hallaban tambien embarazados como el pontífice... «Ellos estaban pensando dentro sí, y decian: Si decimos «del cielo, él nos dirá, ¿por qué, pues, no lo habeis creido?...» Y por el testimonio que Juan habia dado de él, él se hallaba autorizado. «Y si decimos que *aquel bautismo venia* de los hombres, que *era solo una práctica humana*, tenemos miedo del pueblo...» El pueblo todo nos apedreará, porque está persuadido que Juan era profeta... Hé aquí el embarazo en que se hallan los que no caminan delante de Dios con un corazon recto, simple y sumiso á todas las verdades reveladas y enseñadas por la Iglesia. Si el impío y el hereje manifestaran y sostuvieran delante del pueblo las conse-

¹ Era probablemente Caifás, yerno de Anás, que era el otro pontífice.

cuencias horribles de sus principios y de sus sistemas, vendrian á ser el horror y el anatema de todos. Desechar la revelacion y la Escritura, por atenerse á la razon que á cada uno hace hablar como quiere; desechar la autoridad infalible de una Iglesia que enseña, por atenerse á una revelacion escrita, en que cada uno encuentra lo que quiere, esto es no tener por guia la razon ni la revelacion, vivir en una contradiccion continua consigo mismo, y ponerse en la necesidad de mudar continuamente de lenguaje, segun las diferentes personas delante de quienes se habla.

2.º *Su confusion...* Despues de haberse separado por un poco de tiempo de la multitud del pueblo, para deliberar entre sí mismos, y concordar una respuesta uniforme, convinieron, por salir del aprieto en que se hallaban, en responder que no lo sabian... «Respondieron á Jesús diciendo: No lo sabemos...» *Ignorancia culpable...* ¿Por qué no os habeis dignado de instruiros, estudiando los caracteres de la mision divina que tan manifestamente se mostraban en san Juan?... *Ignorancia vergonzosa...* ¿Y qué, con toda vuestra ciencia, con todas vuestras luces, con todos los títulos pomposos que vosotros os dais, ignorais lo que no ignora el simple pueblo?... Este es el fruto de vuestro orgullo y el castigo de vuestra indocilidad... *Ignorancia afectada...* Decid antes bien que no creéis, y que nada quereis creer de cuanto dice de penitencia, de violencia, de mortificacion, de pureza de corazon y de santidad de vida; que quereis solamente creer lo que lisonjea vuestro orgullo y fomenta vuestros desórdenes, lo que os deja toda la libertad de pensar y de obrar sin miedo, y, si pudiérais, sin conciencia y sin remordimiento. Tal es la ignorancia de nuestros espíritus fuertes, de nuestros pretendidos filósofos, de todos aquellos á quienes el orgullo del espíritu y la corrupcion del corazon lo hacen todo dudoso, todo incierto y todo indiferente.

3.º *Su castigo...* «Y Jesús les respondió, y dijo: Pues ni yo tampoco os digo con qué autoridad hago estas cosas...» El silencio de Dios es en esta vida uno de sus mas terribles castigos. Dios no habla á los que le preguntan, á los que consideran sus obras, á los que leen sus Escrituras, que escuchan su palabra, que examinan su religion con un espíritu de orgullo, ó por hacerse estimar, ó con intencion de criticar, de censurar y de encontrar en ella motivos de dispensarse de creer. Dios no se comunica á aquellos cuyo fingido corazon se cierra á la verdad conocida, cuya lengua profiere solo palabras de disimulo y de mentira, y que regulan el testi-

monio que deben á la verdad, sobre los intereses de su partido, de su fortuna y de su reputacion.

Peticion y coloquio.

Libradme, ó Señor, de este espíritu de orgullo y de mentira; dignaos de darme á conocer y de hacerme penetrar la belleza de vuestra ley: haced que la estudie, que la medite solo para edificarme y santificarme, y solo para alabaros y amaros. Amen.

MEDITACION CCXLVI.

PARÁBOLA DE LOS DOS HIJOS QUE DESOBEDECEN Á SU PADRE.

(Matth. xxi, 28-32).

Consideremos primeramente el primero de estos dos hijos; despues el segundo, y finalmente la aplicacion que Jesucristo hace de la parábola á los príncipes y cabezas de los judíos.

PUNTO I.

Del primero de estos dos hijos.

Despues de haber refrenado Jesucristo la temeridad de los príncipes de la Sinagoga que, cerrando los oídos á la verdad de sus instrucciones y los ojos al esplendor de sus milagros, se atrevian aun á pedirle cuenta de su mision, empezó á instruirlos y á pintarlos en sus divinas parábolas con unas líneas tan vivas, que no pudieron menos de reconocerse á sí mismos. Si no quisieron aprovecharse de su enseñanza, no fue esta inútil, pues nos quedó á nosotros para nuestra instruccion y para nuestro consuelo. Primeramente el Salvador los empeñó á escucharlo, no obstante su repugnancia, con la manera con que les propuso la parábola... Mas ¿qué os parece? (*les dijo*). «Un hombre tenia dos hijos, y llegando al primero le dijo: hijo, vé hoy y trabaja en mi viña; y él respondiendo, le dijo: no quiero. Pero despues arrepentido, fué «allá...» Antes de ver la aplicacion que el Salvador hace de esta parábola, apliquémosla á nosotros mismos... ¡Ay de mí! ya me reconozco, ó Señor, á mí mismo en la desobediencia del primero de estos dos hijos.

1.º *Su desobediencia es contra el deber...* Un hijo debe obedecer á su padre, porque el padre tiene derecho de mandar á su hijo, y porque le manda solo lo que es racional y justo, y lo que es conveniente á su estado, á su edad y á sus fuerzas... ¿No es Dios mi

Padre? ¿No tiene el derecho de mandarme? El precepto que me ha dado de amarlo, de servirlo, de observar su santa ley, de huir del vicio, de cultivar la virtud, de purificar mi corazón, de santificar mi alma, de arreglar mis sentidos y de mortificar mis pasiones, ¿no era un precepto digno de él, que me hacia honor á mí mismo, y que podía con el socorro de su gracia ejecutar fácilmente? Y con todo esto, ¿qué he respondido yo? *No quiero...* ¡Oh enormidad de mi pecado, tanto mayor cuanto mi Padre, mi Dios, mi Señor es el mejor de todos los padres y el mas grande de todos los señores!

2.º *Su desobediencia es contra el respeto...* Si su padre le hubiese mandado esto por medio de otro, su desobediencia hubiera sido siempre un delito; pero es su padre el que le habla, es su padre á quien él responde y se atreve á decir... *No quiero...* ¿No es este un ultraje? ¿Se puede ni aun concebir la idea de una audacia y de una insolencia que pueda llegar á este exceso?... ¡Oh Dios! ¡oh Padre mio! ¿no sois Vos mismo el que me habeis intimado vuestra ley, que la habeis estampado en mi corazón? ¿No es vuestra voz la que en el punto de cometer el pecado he oído yo en el fondo de mi alma; no es vuestra la voz que ha penetrado mis orejas, que me ha espantado, que me ha conturbado, que me ha hecho instancias para que sea fiel, para que camine en la pureza y en la justicia, y á la que yo he respondido... *No quiero?*... ¿Á quién he dado yo una respuesta de tanto ultraje? Á Vos mismo, á vuestra gracia, á vuestros remordimientos y á vuestras inspiraciones, y esto ha sido en vuestra presencia y debajo de vuestros mismos ojos: ahí he consumado yo mi pecado; y con desprecio de vuestra autoridad, de vuestro amor, de vuestras promesas y de vuestras amenazas he desobedecido y satisfecho á mi pasión... ¡Cómo, pues, ó Majestad suprema, habeis sufrido Vos, no ya un hijo, sino un vil esclavo, rebelde hasta este punto! ¡Cómo uno de vuestros rayos no me aniquiló antes que pudiese el colmo á mi desobediencia! ¡Oh bondad mas que paterna, cuán admirable es vuestra dulzura, y oh cuán eficaz para hacerme hoy conocer todo el horror de mi pecado!

3.º *Su desobediencia es contra su propio interés...* ¿No era por ventura suya la viña de su padre? Trabajar para su padre ¿no era trabajar para sí mismo? ¡Insensato que fui! El tiempo que he perdido en el ocio y en la iniquidad sin pensar en Dios, en mi salvación y en mi perfección, ¿no lo he perdido por ventura para mí? Cuando Dios me solicita y me llama á su servicio, á su culto, á su Religión, á la observancia de su ley, al ejercicio de la penitencia y

á la práctica de las virtudes, ¿habla acaso por su interés? ¿Necesita él de mí ni de mis servicios? En todo esto, ¿no soy yo solo el interesado? Si se digna de interesarse en esto él mismo, lo hace por un exceso de su bondad infinita, que le hace desear que yo merezca las recompensas eternas que promete á la virtud, y que evite los fuegos eternos con que castiga el pecado. Por lo demás, que yo me salve ó que me condene, yo solo seré el que experimentaré la felicidad ó la miseria; en cuanto á él, él será siempre Dios, igualmente feliz y glorificado en todos los siglos. ¡Ah! pues ¿qué es lo que yo he hecho? ¡Qué miserable que soy! desobedezco contra mi propio interés; por mi desobediencia pierdo para siempre mi cuerpo y mi alma, cuando con una exacta sumisión puedo para siempre salvarlos... ¡Oh Padre mio! ¡oh Padre de las misericordias, que os mostrais aun lleno de amor por un hijo ingrato y desobediente, tened compasión de mí! Si he imitado y aun he sobrepujado cuanto hay de mas enorme en la desobediencia de este hijo que habeis representado en vuestra parábola, quiero á lo menos imitar su arrepentimiento. Su arrepentimiento fue pronto; el mio ¡ay de mí! viene muy tarde: fue sincero; me parece que tambien lo es el mio, y deseo que lo sea: fue eficaz y constante; concededme la gracia que lo sea tambien el mio, que desde este momento me aplique seriamente á la obra, y que persevere en ella hasta la fin del dia, esto es, hasta el fin de mis dias.

PUNTO II.

Del segundo de estos dos hijos.

«Y llegando (*el padre*) al otro, le dijo lo mismo; y él respondiendo dijo: Señor, voy; y no fué...» Este en su desobediencia es aun mas culpable que el primero. ¿Quiénes son los que lo imitan?

1.º *Son los que hacen á Dios vanas promesas...* ¿Cuántas veces os ha solicitado Dios para trabajar por vuestra salvación, por vuestra perfección, por la edificación del prójimo, por la salvación de las almas y por su gloria? Vosotros se lo habeis prometido; pero nada habeis hecho: os lo ha dicho en aquel peligro, en aquella enfermedad, en aquel retiro, en aquella confesión; y Vos le habeis respondido... *Yo voy.* Vosotros se lo habeis asegurado en los términos mas formales y mas expresivos. ¡Vanas promesas! ¿Dónde está la ejecución? No os atreveriais á faltar á vuestra palabra con un hombre vuestro igual, y faltais á ella con Dios vuestro Padre, vuestro Cria-

dor y vuestro soberano Señor. Qué, ¿así lo tratáis vosotros? ¿Y creeréis acaso que esto quedará sin castigo? ¡Ah! vendrá el día en que ni por súplicas ni por promesas podréis ya mitigar su cólera; pediréis tiempo para poder trabajar, pero se os quitará el tiempo y el poder trabajar, y ya no os quedará otra cosa que una eternidad para recibir el castigo de vuestras vanas promesas.

2.º *Son los que engañan á los hombres con su hipocresía...* Hay algunos que no solo prometen de palabra que van á trabajar á la viña del Señor, sí que tambien se ponen en movimiento; van, ponen mano á la obra, y creeréis que efectivamente trabajan; toman el hábito de operarios, su aire, su manera, se fatigan con ellos, tal vez se dan mayor prieta y se empeñan mas que ellos; pero la verdad es que no trabajan en la viña del Señor, no trabajan por la gloria de Dios, por la salvacion de las almas, por su propia santificacion; sus pasos no van enderezados allá, van á sus fines y á sus miras, que son su propio interés temporal, satisfacer á su vanidad, á su ambicion, á su amor propio, llevarse tras sí los ojos y los aplausos de los hombres, acumular riquezas, y llegar á las dignidades... Dicen con sus acciones... *Yo voy...* Yo trabajo, lo dicen á los hombres; pero no engañan á Dios, á cuyos ojos son del número de los que prometen ir y no van... Este era el vicio capital de los escribas y fariseos. ¿No tenemos por ventura nosotros en esto alguna parte?

3.º *Son los que se engañan á sí mismos con una falsa conciencia...* Hay tambien otros que no solo han dicho... *Yo voy...* sino que tambien con un dulce delirio, de que no quieren salir, creen efectivamente que han ido y que trabajan; pero entre tanto ni han ido ni trabajan. Tales son los que engañados de sus pasiones se han formado una falsa conciencia, y se engañan á sí mismos con querer persistir en su error: son los que se ciegan sobre ciertos hábitos á que tienen aficion, sobre prácticas prohibidas, sobre sus obligaciones esenciales, sobre confesiones mal hechas, sobre los bienes ajenos que poseen, sobre la reputacion del prójimo que han destruido, sobre odios, envidias, celos, antipatías, deseos de venganza que nutren en sus corazones, y sobre otras tantas prevaricaciones: estos tienen un bello obrar, trabajar, orar, practicar buenas obras, frecuentar los Sacramentos, dar limosnas; pero se engañan si creen que trabajan en la viña del Señor: han dicho que van allá, pero no han ido... Examinémonos bien sobre este artículo, y no nos lisonjemos: el error seria para nosotros de una terrible consecuencia.

PUNTO III.

Aplicacion que Jesucristo hace de la parábola á los principes de los judíos.

Reconozcamos aquí tambien que los defectos de estos se hallan tambien en nosotros.

1.º *Nosotros penetramos el sentido de las Escrituras, pero despues no nos lo aplicamos...* Habiendo Jesucristo propuesto la parábola en los términos aquí referidos, les preguntó... «¿Cuál de los dos hizo la «voluntad de su padre?...» No era difícil la respuesta. Se alegraron de cierto los doctores de la ley, y creyeron hacerse un grande honor delante del pueblo por haberla entendido bien. Se imaginaron acaso que Jesús enseñase, como ellos, por hacer pompa, por conciliarse los aplausos, y para embrollar á sus adversarios; que sus parábolas fuesen dichos ingeniosos, propios para probar la sagacidad de sus oyentes. Pero era todo muy de otra manera, y no esperaban que en la respuesta que querian dar pronunciaban su propia condenacion... «Dijeron ellos: el primero. Jesús les dijo: En verdad os digo, que «los publicanos y las mujeres públicas irán delante de vosotros al «reino de Dios...» Así fue puntualmente. Los pecadores penitentes, los paganos mismos han entrado á tropas en la Iglesia de Jesucristo con preferencia de estos doctores orgullosos que la han perseguido; y en la otra vida, que tambien se llama el reino de Dios, los pecadores penitentes se hallan en el cielo, y los doctores hipócritas, que como el segundo de los hijos hacian profesion de observar la ley que continuamente quebrantaban, se hallan en los suplicios del infierno.

2.º *Nosotros oimos anunciar la palabra de Dios, y no sacamos de ella provecho alguno...* «Porque (continuó Jesucristo) vino á vosotros Juan en el camino de la justicia (esto es, enseñándoos el camino de la justicia), y no lo creísteis; pero los publicanos y las mujeres malas le creyeron...» ¿Cuántos celosos predicadores hemos oido nosotros? ¿Y qué fruto hemos sacado? Se habla del predicador, de su talento, de sus discursos, y aquí se acabó todo. ¿Predica él con fuerza y con simplicidad? es un misionero que se desprecia. ¿Están sus discursos trabajados con diligencia? se discurre de ellos como de una composicion académica... ¡Ah! reformémonos nosotros mismos: escuchemos la palabra de Dios como el simple pueblo, como pecadores extraviados que conocen la necesidad que tie-

nen de hacer penitencia y de volver á entrar en los caminos de la justicia.

3.º *Vemos el buen ejemplo, y no lo imitamos...* «Y vosotros viéndolo... (*esto es: vosotros que habeis visto los pecadores y las pecadoras creer á Juan Bautista y convertirse*); ni menos despues os arrepentisteis para creer en él...» Vosotros no habeis sacado provecho de su predicacion, ni habeis imitado á los que lo han sacado, bien diferentes en esto del primer hijo de la parábola, sí; pero obstinados y mas culpados que el segundo... ¡Qué cuenta tan terrible será para nosotros la del buen ejemplo que hemos tenido delante de los ojos, y en vez de habernos movido á imitarlo, lo hemos criticado, lo censuramos y lo despreciamos! El mal ejemplo, eso sí que nos mueve, que excita nuestra emulacion, que lo imitamos, y aun procuramos pasar adelante. El mal ejemplo nos hace atrevidos, y el bueno nos condena. En el reino de Dios, en la otra vida, aquellos penitentes, aquellas almas fervorosas, que procuramos antes motejar y despreciar que imitar, entrarán y reinarán en el cielo; y nosotros con los impenitentes, con los flojos, con los imperfectos que habrémos alabado, estimado é imitado, nos condenarémolos.

Peticion y coloquio.

¡Qué vergüenza para mí, ó Señor, que aquellos pecadores que acaso habré despreciado y censurado entren en vuestro reino, y que yo sea excluido de él! ¡Ah! «Ya no mas. Yo voy...» Ó Dios mio, sí, yo voy á trabajar por mi salvacion, á combatir mis malas inclinaciones, y á practicar la penitencia, la humildad, la mortificacion... Voy á sufrir con paciencia, á hablar con dulzura, á trabajar con valor. Pero ¡oh divino Salvador mio! estos mis proyectos ¿no serán vanos, no serán tambien estériles estas promesas? ¡Ah! no lo permitais. Mucho me pesa de haberos servido hasta ahora en apariencia y con la boca; haced que os ame, que os sirva en adelante de corazón y en verdad: haced que movido de arrepentimiento repare animosamente todo el tiempo que he pasado en la inaccion y en la tibieza. Amen.

MEDITACION CCXLVII.

PARÁBOLA DE LOS CULTIVADORES DE LA VIÑA QUE MATARON LOS SIERVOS, Y DESPUES AL HIJO DE SU SEÑOR.

(Matth. xxi. 33-41; Marc. xii. 1-9; Luc. xx. 9-16).

1.º los beneficios concedidos á estos operarios; 2.º su delito; 3.º su castigo.

PUNTO I.

De los beneficios concedidos á los operarios de la viña.

1.º *Beneficios que son la figura de los que se concedieron á los judíos...* Los príncipes de los sacerdotes y los escribas tenían motivo de gloriarse de la conducta que habían tenido, y de haber entrado en cuestion con Jesucristo; pero no sabían cómo salir fuera de un paso tan malo. Habrían deseado salir del templo con honor; pero Jesús no les había dicho aun todo lo que tenía que decirles, y los detuvo diciendo... «Oid otra parábola. Había un padre de familia que plantó una viña y la cercó de soto; cavó en ella un lagar, y fabricó una torre. La dió en arrendamiento á los labradores, y se fué á un país muy distante... Y estuvo allá por mucho tiempo...» Había el amo provisto esta viña, como claramente se ve, de todo lo que podía servir de comodidad, de seguridad y de ventaja para los trabajadores. El sentido de esta parábola no está para nosotros oscuro. Sin empeñarnos en hacer análisis de todas sus partes, se ve en ella la formacion del pueblo judáico, el don de la fe y la verdadera religion que se les había concedido, la ley que se les había dado, las promesas de Dios y los oráculos proféticos depositados entre sus manos, el templo fabricado en la capital, todo el culto fiado á su cuidado y á su fervor. ¡Pueblo afortunado, si hubiese sabido aprovecharse de sus beneficios! ¡Qué frutos de virtud no podía él dar al dueño de la viña, si los cultivadores, esto es, los sacerdotes, los doctores y las cabezas encargadas de cultivar la viña hubiesen tenido para con el Señor que se la había confiado el respeto, la fidelidad y el reconocimiento que debían!

2.º *Beneficios que son la figura de los que se han concedido á los cristianos...* Lo que aquí se ha dicho de la antigua alianza apliquémoslo á la nueva, mucho mas perfecta que la primera. ¿Qué les falta á las naciones que tienen la fe para conservarla, para cultivarla y hacerla llevar aquellos frutos que desea el que la ha plantado y